

Gran orador, gran abogado, jurista de primera fuerza, obtuvo éxitos de tribuna sólo comparables a los alcanzados por Castelar, Jaurès y Wilson.

Su radicalismo no duró largo tiempo, y en 1901 se le encuentra en la extrema derecha del socialismo, solicitando del rey el honor de ser llamado a la Corte. Excluído entonces del Partido, vuelve a incorporarse a él después de la Guerra y en 1920-21 ingresa a la Cámara, donde intenta hostilizar al fascismo naciente. Tampoco esta vez se distingue por la firmeza de sus convicciones, y apenas consumada la marcha sobre Roma, se adhiere al nuevo régimen. Antes de efectuarse el reciente plebiscito italiano, Mussolini le concedió la investidura de senador del Reino después de haberle confiado la jefatura de una comisión encargada de revisar el Código penal.

Desde algunos años a esta parte, Enrico Ferri había muerto políticamente. A pesar de su enorme popularidad, sólo perdurarán sus obras de sociología y de criminología, por cuanto fué en ese dominio un innovador nato, un audaz revolucionario.—
CARLOS DEAMBROSIS MARTINS.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

<https://doi.org/10.29393/At54-16PTJR10016>

A propósito de una traducción

EL número 52 de *Atenea* ha publicado un artículo del señor R. Mondría sobre mi traducción de *Nel Cuore dei Continenti*, de Arnaldo Cipolla, que por su fondo y por su forma—sin entrar a calificar intenciones sobre las cuales ha habido ya un pronunciamiento bastante explícito—adolesce de errores de concepto y de apreciación que no corresponden de ninguna manera a la actitud justa y desapasionada que debe asumir quien quiera omitir opiniones, orientar gustos o fijar las elevadas normas de la estética literaria.

Los lectores de *Atenea* habrán inferido del artículo del señor Mondría que mi traducción es un galimatías abominable, un desacato al buen decir y un atentado contra el prestigio de su autor. Sin embargo—y para decirlo me apoyo en la opinión de la crítica—la verdad está muy lejos de aquella aviesa apreciación, como podrá constatarlo fácilmente quien lea la obra.

Por otra parte, el señor Mondría ha aplicado a mi traducción un criterio manifiestamente errado para apreciar las normas

que deben aplicarse en la calificación de toda traducción, e impulsado por su furor scribendi, ha violentado el tono de su estilo, extremando sus censuras y perdiendo el sentido de las proporciones, en tal forma, que ha desvirtuado por sí mismo la veracidad o justicia que pudiera haber en sus afirmaciones.

Cita mi impugnador tres o cuatro vocablos que juzga mal traducidos, y a base de ellos y sin otras consideraciones, prescindiendo de la mayor o menor fidelidad que yo haya tenido para dar un trasunto fiel del estilo del autor, de su modalidad, de la orquestación misma del período, del mayor o menor grado en que el traductor ha sabido identificarse con él, de su mayor o menor habilidad para salvar las dificultades lexicográficas inherentes a toda traducción, de su esfuerzo por no dar la impresión de algo traducido sino de lo escrito en su propia lengua, ha formulado su juicio condenatorio.

El señor Mondría ha basado, pues, su crítica en un concepto errado de literalidad, que ha hecho prevalecer sobre las condiciones que enuncio en el párrafo anterior y que, en opinión de escritores-traductores de prestigio, deben servir de norma para calificar el mérito de toda traducción.

Se me dirá, y con razón, que hay un mínimo de literalidad que es preciso respetar y fuera del cual toda traducción deja de serlo. Evidente. Ese mínimo de literalidad lo ha conservado el traductor de *En el Corazón de los Continentes*; aún más—y esta no es sólo su apreciación personal—, ha conservado el estilo y demás modalidades del autor.

Aunque, después de lo dicho, resulta inoficioso pasar a discutir la traducción *verbatim et literatim* que ha dado motivo al señor Mondría para prorrumpir en su descomedida indignación, examinemos la firmeza y la importancia de los reparos que hace a algunos vocablos que estima mal traducidos.

Furbo, dice el señor Mondría, significa *astuto* y no *bribón*. Bien. El contexto, seguramente, me ha inducido a traducirlo así. Y podrá traducirse de esta manera cuando el Diccionario Enciclopédico Italiano de Sonzogno da como su equivalente el francés *fourbe* y el diccionario de Luigi Bacci da las acepciones de *astuto*, *bellaco*, *pícaro*.

Se asombra el señor Mondría de que haya podido traducir *anche*, por *aún* y no por *también*, como él lo pide. Sin embargo, lo curioso del caso es que la primera acepción que le da el diccionario aludido es de *aún* y advierte todavía que tiene carácter de adverbio y de conjunción.

En la frase italiana: *Sicuro, Lucia è la figlia del capo*, tacha el señor Mondría mi traducción de *Seguro, Lucía es la hija del capataz* y propone: *¡Que haré! Lucía es la hija del capataz*. Sin

embargo, hasta ahora no he encontrado ni entre italianos ilustrados, quien me haya dado la traducción del señor Mondría.

En su afán de buscarle tres pies al gato, como aquel don Justo de la letrilla española, el señor Mondría quiere que la *fatica* del viajero que llega tras larga errancia, a tomar su apetecido reposo, la traduzca yo por *tarea*, la tarea de escribir, según dice...

Cuanto a los párrafos que cita el señor Mondría en su texto italiano y en mi traducción, cualquier lector verá al momento dos cosas: que, aún aceptando la versión que él propone, mi traducción no altera sustancialmente lo que el autor ha querido decir y que, por otra parte, los conceptos del señor Mondría sobrepasan la proporción de mis posibles equivocaciones.

Con todo, si el señor Mondría tiene un particular empeño por salir a caza de gazapos, empresa no muy difícil, puedo darle algunos de marca mayor y de muy noble cuño... El peligro de caer en ellos aumenta—cosa paradójal si se quiere—mientras mayor sea la semejanza de la lengua que se traduce con la del traductor. Así, Marquina, buen traductor de Guerra Junqueiro, se encuentra por ahí en *La Muerte de don Juan* con el vocablo portugués *embalar*, que en esta lengua significa *mecer la cuna*, y lo traduce por embalar el equipaje...

Cuentan de otro traductor de este lado de los Andes que al traducir hace años una obra de Eça de Queiroz se encontró con que alguien se sentaba en una *cadeira*, una silla, y sin mayor empacho, lo hizo sentarse en las caderas. Vió por ahí salir un *rato*, esto es un ratón, y tradujo *andar un rato*.

¡Y quién no sabe que si expurgamos un poco en las traducciones españolas de las novelas francesas, tenemos para rato!

Pero, *c'est assez et même trop*. Por lo demás, en esto, como en otros pecadillos literarios ni el más perfecto, ni el más intachable, puede lanzar la primera piedra. Y si el señor Mondría no lo estima así, que lo diga Bernanos... — JUAN ROJAS SEGOVIA.